

Plácido Ellauri, Maestro de Varias

Por Arturo Ardao

EN 1852, Luis José de la Peña, primer profesor de filosofía de la Universidad de Montevideo, pasó a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores en el gobierno de Urquiza. Fué entonces que se hizo cargo de la cátedra su ex discípulo Plácido Ellauri. La mantuvo durante más de siete lustros. A través de su prolongada enseñanza ejerció en el país una influencia espiritual y moral profunda, contribuyendo poderosamente a configurar la organización mental de toda una época. Por gracia de la ausencia de tradición característica de nuestra vida intelectual, es, sin embargo, un desconocido para la generaciones actuales.

Nació en Buenos Aires, residencia ocasional de sus padres, el 5 de octubre de 1815, en un hogar de alta ilustración. Era hijo del doctor José Ellauri, una de las primeras intelectualidades uruguayas de la Independencia, presidente de la Asamblea Constituyente y Legislativa que elaboró la Carta de 1830, y jurista, diplomático y político de los más destacados de su tiempo.

Al instalarse la Universidad aparece cursando en ella estudios secundarios, con un retraso explicable por las circunstancias educacionales de la época. En el aula de de la Peña hizo los cursos primero y segundo de filosofía durante los años 49 y 50. Muy poco después, en marzo del 53, sustituyó en la cátedra a su profesor. Prosiguió entretanto estudios de Jurisprudencia, doctorándose en el 54.

Desempeñó ininterrumpidamente la cátedra de filosofía de la Universidad hasta su supresión en 1877, cuando el dictador Latorre decretó lo que se llamó la libertad de los estudios secundarios. Conjuntamente con otros catedráticos, solicitó entonces continuar gratuitamente sus cursos en la Universidad, a lo que el gobierno se opuso. Restablecidas las aulas en 1883, fué nuevamente nombrado catedrático de la de filosofía, que ocupó hasta

dose definitivamente de la enseñanza.

Durante todo ese tiempo hizo de su magisterio un verdadero apostolado, consagrándose por entero a su misión docente. En una época y un medio avasallados por la política, que era además una vocación de familia, se mantuvo invariablemente ajeno a ella. Sin que fuera indiferente a los hechos y a los problemas de la vida cívica del país, conservó una filosófica impassibilidad —rasgo saliente de su carácter— en medio de las más azarosas circunstancias. Se refiere que el mismo día en que su hermano, el Presidente José E. Ellauri, con quien vivía, fué derrocado por el histórico motín del 75, concurrió como de costumbre a dictar su clase de la Universidad. Tampoco lo distrajo el foro, al cual dedicó una atención secundaria, siendo por breve tiempo Fiscal de Gobierno y Hacienda. Su gran pasión fué

como funcionario. Rector de la Universidad en dos períodos (71-73 y 75-77), Presidente del Instituto de Instrucción Pública, fué una figura consular de la enseñanza superior como de la primaria, durante todo el oscuro y difícil período fundacional de nuestra instrucción pública que va desde la Guerra Grande hasta las dos decisivas reformas educacionales —la escolar y la universitaria— realizadas respectivamente en el último cuarto del siglo pasado por José Pedro Varela y Alfredo Vásquez Acevedo.

Adorado de sus discípulos, aún de aquellos que se alzaron contra sus ideas filosóficas y las combatieron duramente, varios de ellos nos han allegado, en animadas y emotivas semblanzas, su imagen física y espiritual.

De apostura gallarda, una señorial dignidad fluía de sus sencillas y bondadosas maneras. Lucía una fisonomía clásica, aureolada en la ancianidad por una venerable barba blanca que se detenía en el labio superior, siempre afeitado. Bajo la frente amplia y despejada, brillaban con una chispa de ironía los pequeños ojos celestes, vivaces, pero inalterablemente serenos. Siempre de negro, con una levita cruzada tan constante como su celebrado cigarrillo de hoja, era la suya una singular estampa, familiar y querida de sus contemporáneos. Con ella estaba de acuerdo su espíritu, tradicionalista, inmovible en sus convicciones fundamentales, imperturbable en la polémica que amaba y buscaba; pero de una bonhomía desgranada en anécdotas que festejaron varias generaciones, y amplio y liberal más allá de toda ponderación. En el aula, habitualmente de pie y con el

manteniendo a la clase siempre en tensión y creando una superior atmósfera de tolerancia y de respeto para todas las ideas, por opuestas a las suyas o por extravagantes que fueran.

Casi octogenario fué objeto de un homenaje nacional verdaderamente apoteósico, como no lo ha recibido nunca en el Uruguay, por su sola calidad de tal, un profesor universitario. Tuvo lugar el 5 de octubre de 1893, con motivo de su cumpleaños. A la manera de un guerrero victorioso fué paseado por las calles de Montevideo bajo una lluvia de flores, en una curiosa manifestación jalonada por actos académicos en las Facultades de Medicina y de Derecho y en la Sección Preparatoria. Murió pocos días después, el 22 de octubre, tan serenamente como había vivido y había enseñado.

★ Su ESPIRITUALISMO

La personalidad docente del doctor Ellauri se ofrece condicionada por su invariable adhesión al espiritualismo ecléctico francés, a cuyo jefe, Víctor Cousin, consideraba el primer filósofo del siglo.

Hay que suponer que recibió la primera influencia de la escuela en el aula del doctor de la Peña. A ella ajustó luego su enseñanza durante toda su vida, tanto cuando no encontraba contradictores en el país, como a partir del momento en que empezó a sufrir, cada vez más fuertes, los embates del positivismo. Seguramente no se dió entonces en América el caso de un profesor que por tanto tiempo y en forma tan ejemplar, encarnara el típico profesor espiritualista de la Universidad francesa de la época. Español del 48, como la califica-

producción que un pequeño volumen sobre Gramática General y Retórica, publicado para el uso de la clase en 1866 y del cual su propio autor declara que es "abreviada copia" de obras mayores. Al final del mismo incluye una "Miscelánea" en la que figura la única página de carácter filosófico que conozcamos de su pluma. Se titula "Clasificación de los sistemas" y revela en su parquedad su filiación doctrinaria.

★ SU LIBERALISMO

Según todos los testimonios, no asistieron al doctor Ellauri, cualidades intelectuales sobresalientes. Si ejerció una influencia muy grande fué, al decir del historiador Eduardo Acevedo —que fué su discípulo— "no tanto por su bagaje científico, cuanto por la serenidad de su juicio, la moralidad de su vida, el culto a los principios y un criterio siempre liberal, amplio y ecuánime para resolver todas las cuestiones".

Este último rasgo de su carácter impresionó profundamente a sus contemporáneos. Al rendírsele, ya retirado, el extraordinario homenaje nacional de que hemos hablado, fué ése el título máximo con que sus ex discípulos exaltaron el recuerdo de su enseñanza. En atención a su interés documental, tanto respecto al personaje como al pensamiento de su época, vamos a reproducir unos pocos fragmentos de algunas de las piezas entonces emitidas bajo la forma de artículos de prensa y de discursos. Ninguna glosa podría suplir el poder de evocación que emana de su lectura directa. A modo de antiguas fotografías, nos devuelven, aunque desvanecida, la imagen de circunstancias his-

dor Latorre decreto lo que se llamó la libertad de los estudios secundarios. Conjuntamente con otros catedráticos, solicitó entonces continuar gratuitamente sus cursos en la Universidad, a lo que el gobierno se opuso. Restablecidas las aulas en 1883, fué nuevamente nombrado catedrático de la de filosofía, que ocupó hasta 1888, año en que, ya septuagenario, renunció a ella, retirán-

mismo día en que su hermano, el Presidente José E. Ellauri, con quien vivía, fué derrocado por el histórico motín del 75, concurrió como de costumbre a dictar su clase de la Universidad. Tampoco lo distrajo el foro, al cual dedicó una atención secundaria, siendo por breve tiempo Fiscal de Gobierno y Hacienda. Su gran pasión fué la enseñanza, a la que sirvió toda su vida como profesor y

Con ella estaba de acuerdo su espíritu, tradicionalista, inmovible en sus convicciones fundamentales, imperturbable en la polémica que amaba y buscaba; pero de una bonhomía desgranada en anécdotas que festejaron varias generaciones, y amplio y liberal más allá de toda ponderación. En el aula, habitualmente de pie y con el codo apoyado en el pupitre, exponía, interrogaba, discutía,

va con sus alumnos en el país, como a partir del momento en que empezó a sufrir, cada vez más fuertes, los embates del positivismo. Seguramente no se dió entonces en América el caso de un profesor que por tanto tiempo y en forma tan ejemplar, encarnara el típico profesor espiritualista de la Universidad francesa de la época. Francés del 48, como lo calificó uno de sus discípulos, hubiera sido en la metrópoli de la doctrina un excelente soldado del famoso "regimiento" profesoral de Cousin, que dijo- ra Julio Simón.

Al igual que su antecesor, utilizó siempre como texto de clase el "Curso de Filosofía" de Geruzez, según la indicación puesta al pie de los programas anuales, que reproducían, por lo demás, el plan de dicha obra. Era éste el plan que el eclecticismo había impuesto en la enseñanza universitaria de Francia: Psicología, Lógica, Moral, Teodicea e Historia de la Filosofía. En el aula montevideana las cuatro primeras partes eran estudiadas en el primer curso; en el segundo, la Historia de la Filosofía era complementada con nociones de Gramática General, Retórica y Constitución de la República.

En los últimos años de la enseñanza del doctor Ellauri, otros textos se sumaron a Geruzez. A partir de 1869, el profesor agregaba para el primer curso la indicación del manual —sin duda de mayor significación didáctica, pero igualmente espiritualista ecléctico y modelado en el mismo plan— de Jacques, Simon y Saisset. Hacia el ochenta y tantos penetró en su aula el clásico texto, también espiritualista, pero que daba ya entrada a numerosas conquistas científicas del siglo, de Paul Janet. Ni éste ni aquél, sin embargo, lograron desplazar por completo a Geruzez, el viejo libro de estudiante del doctor Ellauri, al cual permaneció fiel durante toda su larga existencia de profesor.

No dejó el doctor Ellauri más

ca, vamos a reproducir unos pocos fragmentos de algunas de las piezas entonces emitidas bajo la forma de artículos de prensa y de discursos. Ninguna glosa podría suplir el poder de evocación que emana de su lectura directa. A modo de antiguas fotografías, nos devuelven, aunque desvanecida, la imagen de circunstancias históricas de la cultura nacional sepultadas en el más completo olvido.

El día del homenaje el doctor Eduardo Acevedo escribía en el editorial del diario "El Siglo" que entonces dirigía:

"La Universidad ha realizado, sin duda alguna, grandes y positivos progresos en los métodos de enseñanza, desde aquellos buenos días en que el manual de Julio Simon y el de Geruzez, constituían la base de los estudios filosóficos. Pero en lo que no ha adelantado un paso, porque no podría adelantarse más, es en el espíritu liberal de la enseñanza. Don Plácido Ellauri se sustrajo al medio ambiente universitario y en su clase el alumno se acostumbraba a pensar por sí mismo, sin que jamás se notara la presión de las ideas del maestro. Los sistemas más opuestos, las doctrinas más extravagantes que se le ocurría sostener a un alumno, eran escuchadas y controladas, con una calma admirable que alentaba el debate y mantenía el más vivo interés en la clase".

"Lejos de admitir opiniones dogmáticas —agregaba en la misma hoja un colaborador que firmaba "Un discípulo"— todo lo dejaba resolver con su sonrisa imperceptible, medio velada por el eterno puro, al través de la cual los más malignos de la clase sostenían que se esbozaba una buena dosis de escepticismo justificiero hacia muchos de aquellos intrincados argumentos y demostraciones metafísicas, que no las entendían del todo ni sus famosos autores". Es de interés anotar aquí que años antes el agudo Luis Melián Lafinur — que es acaso

FEDERACION RURAL

APOYO A LA ESCUELA RURAL

Exhortación a las Entidades Federadas y a los Asociados

La Federación Rural consecuente con la prédica y la acción cumplida a través de muchos años en favor del desarrollo de los altos fines de la Escuela Rural como factor fundamental de cultura y bienestar social en el medio campesino, se dirige a las sociedades rurales, a los asociados de la Institución y a los rurales en general para exponer el deber patriótico de colaborar en la obra escolar en campaña.

En este año de 1950 que la gratitud nacional dedica al Jefe de los Orientales, el ruralismo, ha-

ciendo honor al santo y seña del Hervidero, debe prestar su apoyo amplio y efectivo a los problemas de la instrucción primaria.

Considerando que la labor de las Comisiones de Fomento Escolar constituye uno de los medios prácticos para que los rurales puedan hacer presente su afán en aquel sentido, el Consejo Directivo de la Federación Rural exhorta a las sociedades rurales, a sus asociados y a los productores en general a prestar todo su apoyo material y moral a la acción de dichas Comisiones.

Generaciones

por el estilo, este anónimo discípulo de "El Siglo" — denunciaba también un fondo escéptico en el espíritu de Ellaury: "El mismo don Plácido no me la pega; y si mentalmente me transporto a la época de las explicaciones que escuché de sus labios, y con mi criterio actual las clasifico, ha de resultarme el convencimiento de que la noble fisonomía del viejo maestro, bondadosa y simpática, pero irónica como la del Voltaire de Houdon, responde a un pensamiento íntimo que se acerca más al escepticismo de Bayle que al optimismo de Leibnitz".

Proseguía "Un discípulo": "Lo que si se le había pegado bien era aquello de Sócrates, tan humano, tan griego más bien, de que el filósofo debía ser el partero de los jóvenes espíritus... Si sería exagerado decir de él que era un gran filósofo, no lo es el decir que era un hombre de mucha filosofía. Verdaderamente penetrado de la calma, de la tolerancia, de la mesura, del desinterés que inspira la alta contemplación científica y que junto con una ironía fina y muy humana, constituyen sus dones más preciados. El no era de cierto un indiferente en materia filosófica, y eso se vió cuando hicieron irrupción, para no abandonar más el campo, las doctrinas darwinianas; pero jamás tuvo nada de la obcecación del sectario, y por carácter, y como supremo resultado de esa gloriosa revista de los más grandes y vertiginosos esfuerzos del espíritu humano que se llama la historia de la filosofía, permitía el desahogue de todas las opiniones sin que jamás ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada adusta sellase los alborotadores labios de sus discípulos. Comprendía que de aquel choque de

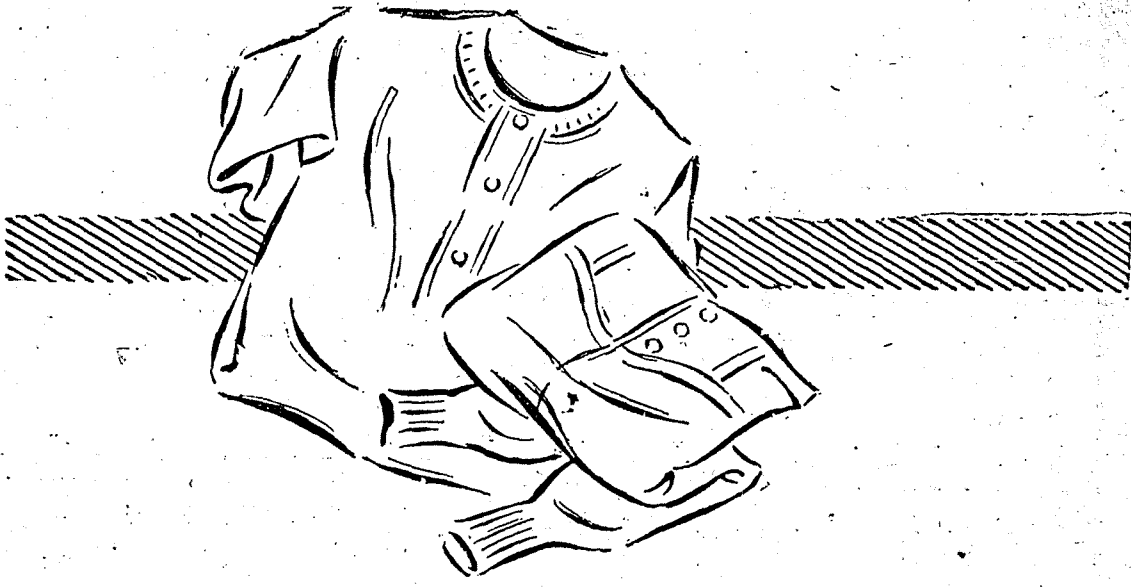
bilidad y dulzura para sus alumnos, para los estudiantes todos, que constituían para él una gran familia, desde los párvulos que apenas deletreaban en las escuelas primarias, de que él era director, hasta los hombres que seguían los últimos cursos del doctorado".

Resumiendo expresivamente todos esos testimonios coincidentes sobre la personalidad filosófica de Plácido Ellaury, el doctor Juan Carlos Blanco, representante el más encumbrado de la elocuencia nacional de fines del siglo, se manifestó así en uno de los actos del homenaje:

"Aquí, en esta Universidad, abrimos por primera vez un libro de filosofía y se fijó nuestro primer pensamiento sobre los grandes problemas de la naturaleza y del ser, aquí hemos controvertido todo con juvenil ardor, soñado y discutido tanto, que al ver ahora la noble figura del doctor Ellaury destacándose en medio de nosotros, como en aquellos días, me parece que oigo impugnar a Coudillac, ensalzar a Cousin, Royer Collard y Maine de Biran, me parece escuchar de los labios del maestro la narración de la sublime escena en que Sócrates se despedía de sus discípulos hablándoles de la inmortalidad del alma y del más allá de la vida... Los que hemos seguido el movimiento filosófico de estos últimos tiempos, hemos visto quizá caer, una a una muchas de nuestras ideas, muchas de nuestras concepciones de entonces. La nueva ciencia ha traído una nueva filosofía. Desde las nociones más elementales hasta las más trascendentes, todo ha sido renovado, todo ha sido modificado fundamentalmente. Pero hay un algo, un elemento extraño a la lógica, extraño a la metafísica y a la observa-

BONETERIA

de lana
RECIEN IMPORTADA



famosas marcas inglesas

conjuntamente con calificadas producciones nacionales integran nuestras presentaciones de prendas de abrigo interior.

...mano que se llama la historia de la filosofía, permitía el desahogo de todas las opiniones en que jamás ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada adusta sellase los alborotadores labios de sus discípulos. Comprendía que de aquel choque de ideas, de aquella espontaneidad de opiniones, todo sería quizá modificado por estudios más profundizados y por las revoluciones que de tiempo en tiempo se verifican en los sistemas filosóficos, quizá por simple novelería —todo, menos el vuelo del espíritu arrancado a las cadenas de la fe, y mecido por los espacios insondables donde se agitan eternamente en busca de solución los grandes problemas del destino humano”.

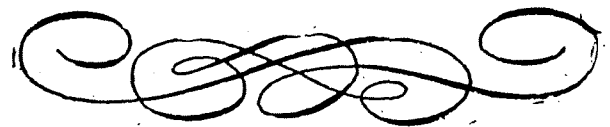
Sansón Carrasco, seudónimo literario de Daniel Muñoz, una de las plumas más celebradas de la época, escribía a su vez: “Don Plácido ha sido uno de esos maestros que dejan el rastro de su influencia en las generaciones que preparan para las luchas de la vida. Formó una escuela liberal, no imponiendo autoritariamente una doctrina, sino inculcándola con la prédica y el ejemplo, haciendo del aula que regentaba una cátedra libre en la que la controversia no tenía vallas y a la que tenían acceso los adeptos de todas las sectas filosóficas. Si había un texto en la clase, era sólo para llenar una prescripción reglamentaria, pero nunca obligó a nadie a que se cifere a las enseñanzas de Geruzex o de Janet, pues había plena libertad de opinión, y fué en esa práctica del libre examen que se formaron dos generaciones de hombres de espíritu liberal, despojados de toda preocupación, ajenos a todo absolutismo sectario, contagiados con el temperamento de tolerancia características en don Plácido, que no tenía prevenciones contra nadie y que por el contrario era todo afa-

va ciencia ha traído una nueva filosofía. Desde las nociones más elementales hasta las más trascendentes, todo ha sido renovado, todo ha sido modificado fundamentalmente. Pero hay un algo, un elemento extraño a la lógica, extraño a la metafísica y a la observación experimental, que queda en pie de las enseñanzas del doctor Ellauri. Yo no he visto, señores, ni en Bain, ni Spencer ni Stuart Mill, ni en ninguno de los grandes pensadores que siguieron al eclecticismo, yo no he visto infundir ese concepto de la personalidad humana, de la fuerza en las ideas, de la propia autonomía, como lo infundía con su palabra y con sus ejemplos el doctor don Plácido Ellauri. Más que eruditos y enciclopédicos elaboraba espíritus el doctor Ellauri, formaba ciudadanos, formaba caracteres, templándolos con el fuego de los grandes ideales. He ahí nuestra deuda de gratitud, la deuda de tres generaciones de estudiantes. La filosofía ha podido cambiar, como cambia el pensamiento humano, pero la fe en la libertad, en las convicciones austeras, en el poder de la voluntad, pero ese fermento de estolicismo puesto en nuestras almas por el doctor Ellauri, queda ahí, firme y perdurable como base de granito”.

★ ANTE EL POSITIVISMO
El ambiente universitario se hallaba desde hacía tres lustros intensamente conmovido por las disputas entre positivistas y espiritualistas. No obstante la definida posición filosófica del homenajeado, unos y otros participaron en el homenaje con espontaneidad igual. “Las dos escuelas, el positivismo y el espiritualismo —comentaba un diario de la época— olvidaron sus antagonismos para venerar al viejo apóstol de otros días”.

producciones nacionales integran nuestras presentaciones de prendas de abrigo interior.

EN UNA INTERESANTISIMA ESCALA DE PRECIOS



SECCION HOMBRES

SUB-SUELGO
ENTRADA INDEPENDIENTE POR CONVENCION



Carbarrère
UNA TRADICION DE BUEN GUSTO
18 DE JULIO Y CONVENCION

Se explica perfectamente por la actitud personal, reveladora de su carácter, que el doctor Ellauri asumió frente a la penetración del positivismo. Mientras discípulos suyos, fieles a la doctrina espiritualista, resistieron de todas maneras a las nuevas ideas, las recibió él con superior comprensión, abordando su estudio y estimulándolo en los demás. Sin ceder un ápice de sus convicciones, le asistía el convencimiento de que representaban al fin de cuentas una etapa del progreso filosófico. De los diversos episodios que registran esa actitud, ninguno tan elocuente como el referido por Eduardo Acevedo en (Pasa a la pág. sigte.)

VILLA SERRANA S. A.

ADMINISTRACION: Treinta y Tres 1420. — Montevideo. — Teléfono 90827

(Viene de la pág. anterior.)

su citado editorial de "El Siglo":

"Siempre recordaremos el asombro que nos causó la actitud del viejo profesor, cuando en 1879 se procedió a la reforma de los programas universitarios bajo la iniciativa de los propios estudiantes. Se había conseguido que la Sala de Doctores, de la que entonces formaban parte también los bachilleres, pudiera llevar al Consejo Universitario, diez miembros de su seno, con voz y voto. Empezaban las doctrinas de Darwin y Spencer a provocar largas y vivas discusiones en las aulas y en el Club Universitario, dividiendo a los estudiantes en dos bandos: el positivista o evolucionista y el espiritualista de la escuela vieja. En las primeras elecciones fuimos entre otros al Consejo Universitario, Martín Martínez y nosotros; y apenas elegidos, nos preocupamos de redactar

un programa de filosofía grandemente innovador, que rompía los marcos del Manual de Simon y del Manual de Geruzez, y daba a la enseñanza toda la amplitud de las nuevas doctrinas.

"Presentamos los programas que como era natural, levantaron grandes resistencias. Después de algunos debates el Consejo resolvió someterlos al estudio de una Comisión; y cuidando de que en ella estuvieran representadas las dos escuelas antagonicas, nombré como representantes del espiritualismo al doctor don Plácido Ellauri y al doctor don Secundino Viñas, catedrático de fisiología de la Facultad de Medicina, y por parte de los positivistas a los dos autores del programa. Todo inducía a creer que un eterno empate obstaculizaría las resoluciones de la Comisión informante y que el asunto volvería al Consejo en las mismas condiciones en que

habian salido. Pero no fué así. El doctor Ellauri aceptó los programas desde el primer momento, con modificaciones insignificantes, diciendo que de acuerdo con la ley formulada por Cousin, sobre la sucesión de los sistemas filosóficos, creía llegado el reinado transitorio del positivismo, que después de algún tiempo, tendría a su turno que ceder el puesto al espiritualismo, que hasta entonces lo había ocupado sin discusión".

Tal referencia resulta confirmada y complementada por el siguiente pasaje de la bella semblanza de Ellauri de que es autor Manuel Herrero y Espinosa:

"Para él las nuevas doctrinas son hijas de una exaltación febril que enloquece a la humanidad actualmente, de un afán de experimentación sin base filosófica, puesto que faltan las grandes ideas a priori que, según él, son las bases de granito mental sobre las que reposa la ciencia una y verdadera. Darwin, Herbert Spencer, Haeckel, son unos investigadores inteligentes, pero destituidos de esos principios absolutos, incommovibles, que, desde Platón hasta el presente, son el asiento de los conocimientos humanos; producen gran estrépito en el mundo, consiguen afiliados, pero no avanzan seriamente; la gran mayoría los sigue por afán de novedad, de cambio, pero llegarán a caer para figurar en el largo catálogo de las infructuosas tentativas del materialismo por dominar la sociedad inteligente.

"Una noche en la que platicábamos sobre estos temas, le observaba el número y la calidad de los nuevos adeptos del positivismo científico; la in-

fluencia revolucionaria que han producido en la ciencia y que ya va trascendiendo al orden político, y a la organización social; le decía que aún suponiendo que el sistema cayera, si no creía que sus principios conmovieran hondamente nuestro actual régimen, hasta el punto de que el mismo espiritualismo se transformaría.

"Don Plácido se sonrió cariñosamente y me contestó: — Cousin, el primer filósofo del siglo, ha afirmado que los sistemas filosóficos tienen sus ciclos, es decir, sus periodos de auge y de decadencia, que estos ciclos no pasan de veinte a veinticinco años; el positivismo lleva unos quince años de dominación, luego, dentro de cinco o diez caerá, cediendo su puesto al espiritualismo".

En ocasión del homenaje que le fuera rendido expresó la convicción de que ese vaticinado resurgimiento del espiritualismo se había ya producido. Según un testigo, "habló de los sistemas filosóficos, del positivismo, que tiene cosas buenas, que ha realizado grandes adelantos científicos, pero que por ley histórica tiene que ceder ya el paso al espiritualismo que vuelve, más tolerante y más amplio, pero también más fuerte que nunca". De la misma disertación la prensa recogió estas palabras, que subrayaban el espíritu liberal de su enseñanza tan vivamente destacado por sus discípulos:

"Yo cuando enseñaba filosofía, rindiendo tributo a la libertad del pensamiento, no impuse jamás las ideas ni los sistemas, porque fui enemigo de esa sujeción como contraria a los progresos de la ciencia. Así es que en mi clase se sostenían y se controvertían los sistemas

más encontrados. Había allí panteístas, espiritualistas, etc. y en los últimos años que daba clase, representantes de las nuevas ideas filosóficas que estoy estudiando con interés. Yo creo que ustedes deben preferir este sistema de libre expresión del pensamiento y de los estudios".

Muerto pocos días después, fué ése su testamento filosófico.

★ FIN DE SU MAGISTERIO

Históricamente el magisterio de Plácido Ellauri quedó clausurado en 1877, el año en que la cátedra de filosofía, como las de los restantes cursos preparatorios, fué suprimida por el gobierno de Latorre.

Dicha supresión se produjo precisamente en circunstancias en que llegaba al Uruguay la primera onda positivista, conquistando de golpe a un fuerte sector de la juventud universitaria. En los años inmediatos se produjeron los choques iniciales entre el espiritualismo y el positivismo. Cuando al restablecerse la cátedra en 1883 el doctor Ellauri volvió a desempeñarla hasta su retiro definitivo en 1888, el viejo programa extractado de Geruzez, que él había recogido de su antecesor y conservado fielmente, estaba ya desplazado por el que en 1881 habían impuesto los positivistas triunfantes. Su permanencia personal en la cátedra, que fué además, por razones de salud, muy irregular, era entonces una sobrevivencia. Había dejado de ser lo que durante veinticinco años había sido hasta aquél de 1877: el indiscutido rector de la filosofía en el país.

ANTUERO ARDABO

PIRIA VENDE

EN

Pocitos Nuevo

18 SOLARES

Con Facilidades

SARANDI 500